

EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

FRANCISCO UMBRAL

El hombre se reconoce en sus objetos. (Marcuse)

La autopista no es sólo el camino asfaltado, racionalizado y legible para ir de un sitio a otro. La autopista, que permite grandes velocidades en automóvil, es el sitio donde el hombre actual se realiza (por tanto, se manifiesta). Hay ya mucho cine de autopistas, desde «Dos en la carretera» hasta la muy reciente «A contratiempo», española. El cine, imaginación de la máquina, comprendió pronto cómo la autopista es un texto desenrollable que explica al ser humano. Desenrollable, sí, como ciertas escrituras de la antigüedad. El hombre, a medida que conduce y acelera, va descifrando frutivamente el texto de la autopista (indicativos, direcciones, señalización; Dámaso Alonso me ha dicho que es correcto «señalización»). A su vez, la autopista va descifrando al hombre que viajando se hace más veloz, más agresivo, más impa-

ciente, más relajado, más crispado y más espontáneo o abierto. Entre el hombre y la autopista, el coche.

El coche como pluralidad

En un mundo rico en ofertas (pero todo reunido en la unidad comercial del hipermercado), el coche —sus frecuentes exposiciones, sus abundantes mercados, sus características y precios— resulta de una riqueza opcional que ya en sí es sugestiva y liberatoria.

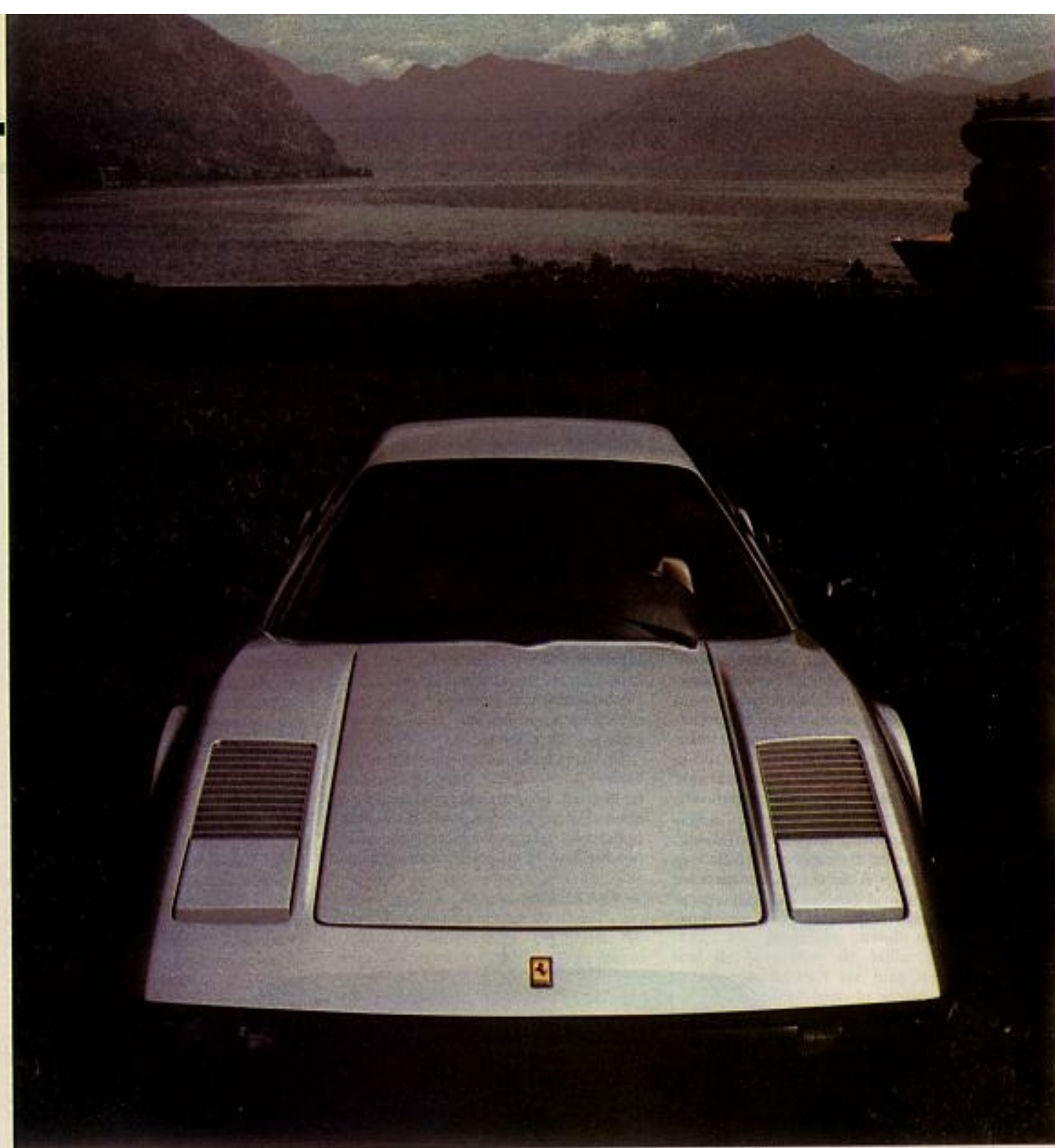
El mercado del automóvil, caro o barato, se ha organizado como un mercado en libertad, de elección caprichosa, para el hombre hecho y con dinero disponible (entre los cuarenta/cincuenta), que es el hombre que ya no puede, apenas, cam-

biar de familia, de esposa, de vida, de empleo, de ciudad, de clase, y entonces se salva un poco (sin saberlo) cambiando de automóvil. Tengo un amigo muy cercano y entrañable que, por mejorar de coche, se ha ido a Alemania, ha comprado un último modelo alemán de algo, ha movido toda la burocracia al efecto y se ha venido de Hamburgo conduciendo su automóvil nuevo, poderoso y europeo, rozando media Europa con el codo que saca por la ventanilla:

—Maravilloso, oyes, es el paraíso. ¿Qué es el paraíso: la ida, la vuelta, el viaje, el coche, la soledad, la independencia, la libertad, el ocio? Todo. La aventura del coche. El dice que así el coche le ha salido más barato, pero ambos sabemos que eso es la coartada económica. (No recuerdo ahora si Marx, que lo explica todo, lúcidamente, como coartada del dinero, ha explicado, a la inversa, el dinero como coartada del todo.) El hombre de nuestro tiempo, el hombre/automóvil, no se satisface ya con pe-



BMW M1.



FERRARI 308 GTBi.

dir un coche extranjero por teléfono y que se lo manden en barco a un puerto español. Necesita recoger el automóvil en su origen, como la novia a la puerta de casa y no en un café cualquiera, para una mayor identificación.

Entre los muchos automovilistas que viven hoy la aventura de mi amigo, adivinamos lo que ellos mismos no: que un jirón de Alemania (o de Francia o de Italia) se ha venido con ellos, para siempre, en el coche extranjero y propio. Ese automóvil estará ya aureolado por aquel viaje inaugural, que tuvo mucho, no hace falta decirlo, de viaje de novios.

Los faros y las millas

Se estrellará nuestro parabrisas de faros y de millas.
(Gerardo Diego)

Los jóvenes parados y pasotas españoles que hacen la misma ruta de mi amigo, pero con coches viejos que luego revenden en Africa, sacándose una pasta para drogas o comida, también viven la sobregatificación del automóvil y el viaje, como el que roba un coche burgués para el fin de semana. «El hombre

se reconoce en sus objetos», sí, pero el hombre joven, sin mucho sentido de la propiedad, también puede reconocerse en los objetos de los demás.

En mi primer viaje a Amsterdam vi racimos de bicicletas municipales a disposición del personal, que las cogía y dejaba según su conveniencia y trabajos. Creo que esto llegará a ocurrir en toda Europa con el automóvil y, de hecho, los ladrones de *buga*/fin de semana se están anticipando a la socialización del coche.

También las malas costumbres hacen ley.

Turbo, Ritmo, Crono, Ronda, Opel, Race, Jarama, Copa, Alfasud, Hocken-

EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

heim F2 y biplazas: estos nombres, estas mayúsculas, son la mitología de hojalata del automovilista de ahora mismo. Sabemos que el símbolo es el lenguaje del hombre desbordado por los datos. Hay ya demasiados datos sobre coches en el mercado. El consumidor sólo puede asumir/resumir eso haciendo del coche un símbolo: ya lo es.

Pero la verdad última o primera la dicen siempre los poetas, y en este caso mi entrañable Gerardo: «Se estrellará nuestro parabrisas/de faros y de millas.» Mientras escribo este artículo, Villeneuve, piloto de F-1, muere tras un gravísimo accidente en Bélgica. Le sacaron del Ferrari prácticamente muerto. Gilles Villeneuve, cuya última victoria fue en el Jarama madrileño, era joven y predestinado como un personaje de Proust (hasta en el apellido), como un Saint-Loup del automovilismo.

Estas muertes no muy frecuentes, pero sabiamente goteadas por la actualidad, llegan a preñar sutilmente de grandeza y riesgo, de emoción y fama la epopeya doméstica del señor que se compra un ciento veintisiete.



BENTLEY MULSANNE.



PORSCHE 924 TURBO.

EL CEMENTERIO DE AUTOMOVILES (VIVOS)

El coche invade el hogar

Y lánguidas muchachas saliendo de automóviles.
(Pedro Salinas)

La relación con el coche es un vodevil en dos actos. Primer acto: el coche invade el hogar. Segundo acto: el hogar invade el coche. Vamos con el primer acto. Es cuando el automovilista con automóvil nuevo (primero o segundo) madruga los sábados, abandona el lecho conyugal (más conyugal que nunca el sábado por la mañana), para bajarse al garaje a lavar el coche.

Ese funcionario en chandal (las jóvenes rojillas los odian, según me explica una de Majadahonda) que abandona a una esposa propicia y tibia de sueños hebdomadarios, no para engañarla con otra ni con otro, sino con él, con El, con el coche.

Yo he madrugado para verles.

Lavan el coche, lo friegan, lo repasan, embellecen los embellecedores, lo pulen por fuera como un zapato dominical (ahora, en domingo, se llevan las playeras de los hijos: el domingo nos rejuvenece tristemente). Y, por dentro, lo limpian de prospectos, plásticos de bocadillos, restos de dossieres definitivos que ya no definen nada. En una gran película de la serie negra, recuerdo que un gángster le decía a otro, refiriéndose a un tercero, que siempre estaba brillantando su pistola:

—Es un caprichoso del arma.

Son unos caprichosos del último capricho que les ofrece la vida: el coche. Unos sueñan con lánguidas muchachas saliendo de automóviles (de su automóvil), sin haber leído a Salinas. Otros, los legitimistas del automóvil, lo limpian y acrisolan por sí mismo. Lo aman. Se reconocen en él. Es el símbolo, el diseño, la imagen italiana (Leonardo al fondo, sin que, asimismo, lo sepan) de su situación social, de su entidad/identidad, de lo que sólo de chandal para adentro se atreven a llamar «su triunfo». Y hay unos terceros, un tercero, que arregla el coche como una prolongación del hogar, que «hace» el coche como la esposa, allá arriba, está «haciendo» la casa.

Este último automovilista es un matrimonializado sin remedio, un irrecuperable, un irredento, pero luego nos servirá de hombre/bisagra como paso a la invasión del automóvil por el hogar.

Mitologías

Dragón primero: Dicen que hay unos monstruos poderosos, llamados caballeros andantes, que sólo tienen por misión encontrarlos, a los dragones, y matarlos.

Dragón segundo: Paparruchas, leyendas, mentiras. Los caballeros andantes no han existido nunca.

(Tolkien)

Lo que no está claro, ni para Tolkien ni para mí ni para el señor de los anillos, es si el automóvil es dragón, caballero andante o qué.

En todo caso es una mitología. El automovilista, «el vicioso del arma» (el auto es un arma), corre mucho, como el caballero andante, corre mundo, como si tuviera que redimir alguna princesa y matar algún dragón. Rubén lo dijo primero: «Ya no hay princesas que cantar.» Y Juan Ramón en seguida: «Adonde tienes que ir es a ti mismo.» La princesa que ha de salvar el automovilista es su vida perdida, su existencia, «pasión inútil», su individualidad. Corre mucho sin saber que adonde tiene que ir es a sí mismo. Cree que monta un caballo, o un hipógrifo violento, humanizado por Calderón. Pero monta un dragón, el auto, y lo que el dragón lleva en la fauce es él: él es la princesa insalvable. Y mientras dura el equívoco, siguen llegando las letras del coche.

El automóvil (que en los comics suele tener boca) no es sino el mordisco que la sociedad de consumo (todavía la sociedad de consumo) le da al hombre post-marcusiano y unidimensional.

El hogar invade el coche

Hay que encerrarse con la naturaleza.
(Odilon Redon)

La contrapartida de la invasión del hogar por el coche, es la invasión del coche por el hogar. Una dialéctica hombre/mujer, como se ve. (Las mujeres, curiosamente, aunque tengan coche —liberatorio o utilitario—, nunca se vuelven fanáticas del coche: esto prueba ya su superioridad.) «La divina pelea» de Pemán, entre ambos sexos, tiene ahora lugar en el escenario del automóvil. No sé cómo no lo ha tenido ya en los escenarios de verdad.

El coche, que el marido compra, en principio, para escapar un poco de lo doméstico, se le va convirtiendo en una habitación más de la casa, lo más importante y con ruedas:

—Si le bordo unos almohadones, podemos llevar a mamá cómodamente —dice ella.

—Si le adaptamos unas sillitas, se puede llevar cómodamente a las mellizas —dice también ella.

(Porque la píldora ha hecho mucho por la redención de la mujer, pero si una noche se olvida, hay mellizas: parece como si la píldora estuviera programada para dar mellizas.)

—Si le ponemos arriba una baca —sigue diciendo ella—, que no sea muy antiestética, podemos llevar también las hamacas, las bicicletas y los balones todos los fines de semana.



MERCEDES BENZ 500 SEC



—Y la maquinilla de las tostadas? —dice él, con una sobria ironía aprendida, quizá, en alguna película americana.

—Eso, la máquina de las tostadas. Qué marido tengo.

Se trata (subconscientemente), no tanto de hacer del coche una habitación más, una roulotte, sino de matrimonializarlo hasta el punto de que ya no sirva para la gran evasión, que está siempre en el discurso matrimonial del *Otro*, reprimida.

La gran evasión

Amplia producción nacional de turismos. Berlina deportiva y familiar. Uno es Fabrizio Tabaton. El nombre de berlina, si ella hubiese leído a Flaubert (que no lo ha leído), ya sería alarmante, aunque lo de «familiar» viene a atenuar lo de «deportiva».

Y Flaubert, por otra parte, a la berlina la llama fiacre.

Como el coche está saturado de hogar, resulta agotador e inútil reciclarlo para la gran evasión sentimental (de una semana o un siglo). Entonces viene lo del

segundo coche, tan honestamente promocionado por la publicidad, pero que es, al fin, la formidable y manejable máquina liberatoria de ella o él.

Un día, mediante un viaje de negocios inventado o real, él planea la gran evasión con esa adolescente en sombra que vive más o menos fascinada por el hombre casado, no a pesar de, sino precisamente porque está casado. Pero esto, ni ella ni él lo saben. Seguro que a Eva le gustó Adán porque estaba casado, quizá con la serpiente. La gran evasión es el encuentro frente a frente del hombre con su coche, en el espacio delicioso de una mujer y en el tiempo peligroso de una autopista. Se supone que el coche transfiere sus prestigios al macho, en un viaje así.

El domina ese coche, lo conoce, juega con él, se arriesga con él, salva innecesarias princesas. El, en fin, *ha podido* comprarse ese, este coche. Pero hemos dicho al principio que la autopista es una lectura desenrollable que nos lee, como toda lectura, y más una lectura tan antigua como el camino. Llegados a un pueblo, a un apartotel, a un mesón, a un bar de carretera, el coche llama la atención

más que él (incluso más que ella). Y no se puede hacer noche en cualquier sitio, sino donde el coche quede bien seguro.

El protagonista de la gran evasión va comprendiendo, si no es completamente tonto, que detrás o dentro del Mercedes Benz Diesel (un millón de tirada), serie 123 (y es sólo un ejemplo que pongo), firma Sindelfingen, o de cualquier otro gran modelo, está la imaginación italiana de Leonardo, el positivismo británico de Russell, la solidez wagneriana de Alemania, colores de los venecianos, dibujantes como del taller de Rafael, ingenieros imaginativos, creativos, como los que hicieron el puente de Brooklyn.

Todo el humanismo, toda la cultura, todo el Occidente y todo el Oriente (un Dauphine que parece un delfín pintado por un japonés) acompañan al ejecutivo que desestima los libros y la música, porque hemos superado la galaxia Gutenberg: «Ya lo dijo aquel canadiense.»

La sociología del buga nos enseña que en el cementerio de automóviles vivos siguen viviendo los griegos y los persas, los renacentistas, los prerrafaelistas y Antonioni, por si fuera poco. Lentamente, el automóvil va devorando al automovilista, en la gran evasión amorosa. El hombre comprende (da igual que ella lo comprenda o no) que el automóvil es un dragón muy leído, que su coche es un extraño que pueda hacer sonar para ella un Salieri que él ignora, que no en vano se llama «berlina», que tiene la nobleza del caballo y la historia de la diligencia. Que todo coche es un trirreme.

La mujer, queramos o no, quiera ella o no, es nuestro testigo. La mujer es testimonial. Solos en la autopista, en el automóvil, la mujer asiste, distraída o discreta, a la batalla plácida del hombre con su automóvil. Porque nos llevamos a una mujer a solas, más que nada, para evitar comparaciones. Pero uno no sabe que, en lugar de las hamacas familiares, se ha traído consigo, en el buga (*buga*, cheli: todo coche importante, por extensión de Bugatti), a los persas, los renacentistas italianos, los caballos que pinta Dalí y los fiacres románticos que describe Flaubert. El coche, en el viaje, *se manifiesta*. La técnica no es sino un humanismo aplicado. Hay en la aventura hombre/mujer una frustración inexplicable e inexplicable. Unos celos sin tercero. El automóvil ha resultado muy superior al automovilista. El dragón ha devorado al inexistente caballero. Ellas, infinitamente sensitivas, han descodificado en silencio al seductor. El coche, último priapismo simbólico de una cultura de símbolos, se ha vuelto contra su dueño. Ni el coche libera al que no es libre. ■ F.U.